

Imágenes. Rostros de fé creyente del pasado venezolano

El Farol, 163. zk., 1956-04.

La fé llegó con el descubrimiento. El mismo hallazgo del Nuevo Mundo fue ya un acto de fé sin paralelo en la historia de la humanidad. Y el motivo muy principal de la gesta colonial después consistió en llevar la noticia de una fé nueva a una tierra de milagro.

Pero ni la tierra era nueva ni la fé patrimonio exclusivo de los que dieron con ella. Las primitivas civilizaciones americanas tenían una vieja tradición religiosa, y su cultura alcanzó en diversas regiones cumbres de las que sólo quedan, desgraciadamente, restos de piedra tallada y de cerámica, restos de ciudades y unas tradiciones con menor consistencia que la piedra y el barro cocido.

La nueva fé que llegaba necesitaba expresión. La lengua indígena, en lugar de ser utilizada como instrumento de comunicación fue consagrada como una barrera que había que destruir para dar paso a otra que predicaba la nueva verdad conquistadora. El camino nuevo fue el mismo viejo camino de la representación supersticiosa: el simbolismo, la imagen. Y el rico simbolismo cristiano volcó su enorme caudal de retablos, esculturas y pinturas, imágenes de vírgenes y de cristos de madura devoción europea. Era el fruto de una larga y dolorosa tradición de fé y de devoción de unos pueblos que ya habían ensayado muchos caminos religiosos y estaban alucinados con la merced divina del descubrimiento de un mundo nuevo, donde llevar la luz de su fé era compromiso honroso e indeclinable de cruzada.

Con el soldado de fortuna, el aventurero, que embarcaba en un puerto de Huelva o de Cádiz o en Sevilla soñando con gestos heroicos, fortunas de oro y otras muy diversas fortunas que puede imaginar un soldado dentro de ese mundo de sueños que es el Nuevo Mundo, el fraile ambicioso de otros reinos para su Dios, llenos de almas ingenuas que sólo esperan el signo de gracia de un sacerdote. Y los instrumentos de guerra y las herramientas de paz, juntos, como los hombres, en la empresa sin precedentes de conquistar un mundo inédito para el cristianismo. Al lado del barril o el pellejo de vino andaluz, de las vituallas para sostener los cuerpos de los hombres en el esfuerzo de la conquista; al lado de las municiones, del fantástico caballo, de las corazas y de las lanzas y de los arcabuces para la guerra, la caja de rosarios con cuentas de colores, los grabados y las esculturas religiosas, los ornamentos sagrados, el cáliz, los hábitos, y las campanas para sembrar a su través la voz de su Unico Dios y conquistar, aunque fuese a fuerza de guerra, un nuevo mundo de almas para sus ejércitos de paz.

Esa misma fé sembrada por el misionero de la conquista prendió en la tierra americana, dió retoños, sufrió su propio dolor, vivió su mestizaje, rogó a Dios por su cuenta y recibió sus favores de esperanza y de destino a través de sus propios intercesores, sus imágenes y sus tradiciones. La Guadalupe en México (Patrona de América), la Coromoto en Venezuela, las de Regla y Cobre en Cuba, la Inmaculada en los Estados Unidos, así como los cultos a la Santa Cruz en el Brasil, Santa Ana en

Canadá, Santiago en Chile, el Sagrado Corazón en el Ecuador, y otros son expresiones distintas de esa misma inquietud religiosa sembrada con diversas fortunas en el gigante geográfico y étnico de las tres Américas, que darían después ejemplos y directrices propias de fé heroica, como la de Santa Rosa de Lima, la santa americana, Patrona de América del Sur.

Las imágenes traídas de Europa, generalmente réplicas de otras con culto ya divulgado en el Viejo Continente, o las esculpidas por manos criollas, son hechura de aspiraciones, de virtudes, de fé, de esperanza, de sacrificio, de dolores, de llantos y de alegrías de los pueblos en que han ido incorporando su tradición hasta ser parte misma de sus consuelos, de sus tristezas y de sus esperanzas.

En el cruel despertar de la conquista, en el sopor de la distancia colonial, en la cima cruenta y generosa de la Independencia, en las tristes coyunturas de la guerra federal; en las horas angustiosas de los terremotos, de las pestes, de las sequías, de las crecidas, de las plagas, de los trabajos y de las desesperanzas de cada día; en las circunstancias de la derrota, del saqueo, del incendio, de la victoria y del recibimiento al Libertador; en los trances de vidas nuevas, muertes de hijos jóvenes y de padres viejos; en los momentos de la enfermedad, del apuro, del dolor de horas y de las desesperanzas de por vida, las imágenes religiosas a lo ancho del territorio venezolano podrían contar historias que darían reunidas una versión fantástica del alma venezolana.

De todas las figuras religiosas de la liturgia católica, ninguna más sublime ni más venerada que las de Jesús en trance de Cruz y la que le acompaña en el momento insuperable del completo sacrificio del Gólgota, la Virgen María en su tormento de La Dolorosa, ambas del culto de la Semana Santa, de tan honda tradición en Venezuela.

Este trabajo que presenta hoy la revista El Farol quiere traer a estas páginas, a través de las imágenes de más alto valor artístico e histórico, la noticia de algunos cultos de tan profundo sentimiento en el pueblo, donde se entronizaron sus devociones.

Para los fines propuestos de dar a conocer las imágenes con la mayor verdad posible, se han reproducido en sus colores originales. Se ha tratado de dar también, en lo posible, los datos históricos o de tradición culta y popular que se refieren a ellas. A tal fin se desplazaron fotógrafos y equipos a lo largo y ancho de Venezuela, se realizaron muchas consultas, se revisaron archivos y bibliotecas particulares, se buscó en viejos manuscritos.

Desgraciadamente, los datos históricos son muy escasos. En tiempos de la Colonia, que es cuando se hicieron traer la mayor parte de las imágenes, llegaban a puerto en medio de una gran expectación, se transportaban después con mucha ceremonia, se entronizaban en los altares con gran devoción, pero no quedaba constancia de la entrada de la imagen en la aduana, se ocupaban muy poco de referir la ocasión y casi no se sabe nada después hasta que en algunos documentos bien posteriores aparecen como por azar menciones indirectas que permiten situar aproximadamente algunas pocas fechas. Los incendios y los saqueos de las guerras banderizas y de la federación, y los descuidos lamentables de los que estaban en situación de conservar estos documentos redujeron a nada lo poco que quedó anotado de estas circunstancias.

Esta es la historia de la mayor parte de las imágenes y esta también la del propósito de este trabajo de recopilación acerca de las imágenes de más antigua veneración en la Semana Santa venezolana.

Ecce homo

El JESUS EN LA COLUMNA de tamaño natural del templo de Altigracia en Caracas (abajo) ocupa el primer nicho (puerta de vidrio a ras de muro) de la nave lateral derecha, mirando hacia el Altar Mayor. El paño que le cubre y el alfiler con que está sujeto son ofrecimientos de fieles que han recibido favores. La columna tiene un repujado de metal blanco. Es una imagen colonial de gran expresión a la que la devoción popular caraqueña ha dedicado tradicionalmente el Lunes de la Semana Mayor.

A la imagen que se venera en la iglesia de San Felipe, Estado Yaracuy, con un rústico pie de tablas (derecha), el artista puso la herida del lanzazo que el soldado romano dió al Cristo en un costado un día después del momento que representa su JESUS EN LA COLUMNA. No existe noticia de la fecha en que fué colocada la imagen, pero se estima que es de los primeros tiempos de la población, comenzada a construir a fines del siglo XVII en los cerritos de Cocorote, donde la destruyeron dos veces, en 1710 y en 1724. La fundaron de nuevo, a pesar de la oposición de las autoridades de Barquisimeto (provincia a que pertenecía el territorio) por Real Cédula en 1726 con el nombre de San Felipe El Fuerte, en homenaje a Felipe V, monarca reinante.

No existen noticias de la imagen de HUMILDAD Y PACIENCIA de la Catedral de Caracas (página de enfrente, derecha), al que se dedica tradicionalmente el Martes Santo. Sólo se conoce su origen colonial y una larga tradición de devociones. Está colocada en el altar de la nave lateral de la capilla de los Bolívar, donde reposaron los restos del Libertador. Tanto esta imagen como la de San Francisco parecen provenir de México, porque se sabe que en Veracruz fueron embarcadas varias imágenes con destino a Caracas y esta actitud del Cristo es muy frecuente en aquel país con el nombre de "El Aposentillo".

La de San Francisco (arriba, izquierda, página 18) se diferencia de la imagen de la Catedral en que aquélla tiene los pies casi cruzados. La expresiva talla en madera representa el momento inmediatamente anterior al de cargar la Cruz. Está colocada en la nave lateral izquierda del templo, dedicada a la Orden Tercera de San Francisco con la división de una puerta de hierro para simbolizar su límite con la iglesia propiamente dicha. Se llama ésta de San Francisco porque quienes habitaban el convento contiguo (después Universidad Central) eran franciscanos. Pero las iglesias se denominan por el santo que tienen en el lugar principal del Altar Mayor, y en la llamada de San Francisco está la imagen de la Virgen de la Inmaculada, con las de Santo Domingo y San Francisco a un lado y a otro. Es, pues, propiamente la iglesia de la Inmaculada. Guzmán Blanco mandó tapiar la puerta interior por la que los universitarios graduados entraban a ella para jurar ante su imagen. Hasta hace unos 25 años existía en esta iglesia la tradición del "centavo que pita", que hace referencia al pájaro de reclamo o pájaro que pita, porque se le atribuía el poder de atraer nuevos centavos y evitar apuros económicos por un año.

Consistía la costumbre en colocar por Semana Santa el Cristo de la HUMILDAD Y PACIENCIA en el centro del Altar Mayor, rodeado de una barandilla donde unos muchachos se encargaban de recoger de los fieles los mediecitos y cambiarlos por centavos que habían estado en contacto con la imagen. La práctica había adquirido tal auge que las autoridades eclesiásticas la consideraron nociva y lo suspendieron. Los fieles reclamaron con insistencia su restitución, y los padres jesuitas cedieron ante la tradición con una variante: colocaron la imagen de San Ignacio en un lugar donde podían depositar el mediecito, aunque sin cambiarlo por el centavo. Y así se viene haciendo hoy.

El muy venerado CRISTO DE LA COLUMNA de Calabozo, Estado Guárico, ofrece la variante de tener una cuerda de hojas rodeando en espiral la columna (arriba, derecha). Su devoción se remonta a la erección de la iglesia. El pueblo de indios nómadas de Calabozo existía para 1695, gracias al fraile franciscano Gabriel de Sanlúcar, pero estos indóciles pobladores acostumbraban abandonarlo para regresar al Orinoco, de donde los traían. En la segunda década del siglo XVIII se reunía alguna gente donde fundaron la Misión de La Trinidad y la de Los Angeles. En 1723 fué creado por Real Cédula el pueblo de Todos los Santos, que comenzó a figurar como tal definitivamente en 1726. En 1774 se le concedió el título de Villa Eximia, y en 1860 fué cuando don Ramón García costeó la iglesia del Carmen, donde hoy se venera la imagen.

Nazareno

El NAZARENO DE SAN PABLO (página de la derecha) es, sin duda, la imagen de culto más devoto y más extendido en Caracas. Se le dedica el Miércoles Santo con celebraciones que se han hecho tradicionales en el templo de Santa Teresa. Es una talla criolla en madera de extraordinaria expresión de sufrimiento y de bondad que la tradición atribuye a un anónimo escultor caraqueño. Se cuenta que cuando la terminó, la imagen habló y le dijo: "¿Dónde me visteis que me hicisteis tan perfecto?", y el artista murió de la impresión. También se ha incorporado a la tradición caraqueña la versión de que cuando Guzmán Blanco destruyó la antigua iglesia de San Pablo Ermitaño, donde estaba la imagen, para levantar en su lugar el teatro hoy llamado Municipal (1876), se le apareció el Nazareno y le dijo: "¿Qué hicisteis de mi templo?". Al día siguiente mismo, el Ilustre Americano mandó construir en la esquina del oratorio de San Felipe Neri el templo entonces llamado de Santa Ana y Santa Teresa, honrando los santos cuyos nombres llevaba su esposa, Ana Teresa Ibarra, y que hoy se conoce por el templo de Santa Teresa, donde está la imagen desde entonces. Y es también muy popular la leyenda de que pasando el santo en procesión por la esquina de Miracielos en terrible tiempo de peste: "... la Cruz de Dios al pasar bajo el limonero entre unos gajos se enredó" según cuenta Andrés Eloy Blanco en "El Limonero del Señor", interpretándose que los frutos que se desprendieron de las ramas era la milagrosa señal de que su uso como bebida iba a salvar del azote a la población...

El NAZARENO DE ACHAGUAS (abajo) lleva en su peana una borrosa inscripción que dice: "Regalado por el Gral. José Antonio Páez a la iglesia de Achaguas". Año 1833.

M. Rada". Es una imagen de yeso que hizo traer de Europa. Ahora se cumplen 123 años de su traslado a la iglesia de Achaguas, que fué fundada por Fray Alonzo en 1774. Conocido en gran parte de Venezuela, es sobre todo el "santo de devoción" del llanero, a quien se encomienda en tiempos de sequía y otras calamidades.

Para cuando el Coro y el Capítulo del templo de La Concepción, la antigua iglesia barquisimetana, quedaron instalados canónicamente en la Catedral el 1º de noviembre de 1885 (ya en 1869 había sido erigida canónicamente como tal) la hoy famosa y rica imagen del NAZARENO DE BARQUISIMETO (derecha), había sido trasladada al templo. La noticia la dió "El Occidental" de fecha 24 de enero de 1877. Esta notable talla en madera se debe al escultor caraqueño Manuel González.

Crucificado

El CRISTO DEL BUEN VIAJE (arriba), de Pampatar (isla de Margarita) es llamado así porque los que iban en botes al morro de Chacopata en busca de víveres y agua se encomendaban a El para pedirle un buen viaje. La imagen fué traída en arribada forzosa que se repitió varias veces viniendo desde Barcelona (España), de donde iba dirigida a Santo Domingo, primero, y a Angostura (hoy Ciudad Bolívar) después, alrededor de 1779. Las gentes sencillas de la localidad lo llaman cariñosamente "El Viejo".

La talla criolla del CRUCIFICADO de San Francisco, en Caracas (izquierda), se atribuye a El Tocuyano, un artesano larense del siglo XVII. Le acompañan las figuras de la Virgen y San Juan.

Del CRISTO DE GIBRALTAR de Maracaibo (abajo, izquierda y derecha), relata Fray Pedro Simón que siendo la población de Gibraltar atacada por los quiriquires unidos a los eneales y a los aliles a fines del siglo XVI, la mayoría de los vecinos fueron muertos. "Y queriendo los vencedores que pasara por el mismo rigor la Iglesia, entraron en ella, y estando unos robando sus ornamentos, otros se ocupaban en flechar con las flechas de punto de lezna un devotísimo Crucifijo de bulto que estaba encima del altar, fijado en un tronco de nogal, de las cuales cinco quedaron clavadas en el Santo Cristo, una en una ceja, dos en los brazos, otra en el costado y en una pierna y señal de otras en muchas partes del cuerpo". Incendiada la iglesia, el techo de palma cayó sobre el Cristo, "pero de ninguna manera se quemó ni el cuerpo ni la Cruz donde estaba, ni aún una pequeña imagen de la Concepción de papel que estaba pegada en la misma Cruz, bajo los pies del Cristo, con haberse quemado, hacerse carbón el tronco o cepo donde estaba fijo". Oviedo y Baños, por su parte, escribe: "Es tradición asentada y muy corriente, que teniendo antes esta imagen la cara levantada (por ser de la espiración), como lo comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó la cabeza sobre el pecho, dejándole en aquella postura hasta el día de hoy".

La bondadosa y dulce expresión del SANTO CRISTO DE LA GRITA, Estado Táchira (arriba y derecha), se atribuye a la intervención de un ángel. Dice la tradición que en 1610, a causa del terremoto que destruyó la ciudad, los frailes franciscanos tuvieron que trasladarse a un campo llamado Tadea. Iba entre ellos Fray Francisco, un

escultor que se distinguía más por su piedad que por sus dotes de artista. Aterrorizado con aquel terremoto que en unos pocos instantes redujo a polvo la naciente población, ofreció al cielo esculpir una imagen del Crucificado para rendirle culto especial y consagrarle la nueva ciudad. Trazó el diseño en un gran tronco de cedro y comenzó a trabajar con el hacha y la azuela. La figura humana que iba surgiendo no tenía los lineamientos característicos del Cristo moribundo. Pasaban los días y Fray Francisco seguía sin poder interpretar aquella sublime expresión que él había concebido para su imagen. Una tarde, después de suspender sus trabajos, se puso en oración y quedó en éxtasis profundo, y cuando volvió en sí, ya a altas horas de la noche, oyó que en la pieza donde tenía su trabajo alguien golpeaba los formones y que el raedor pasaba y repasaba sobre la madera. Acercóse allá el buen fraile, y algo como una figura humana envuelta en una ráfaga de luz salió por la puerta y lo encandiló. Contó el suceso a sus hermanos, y a los primeros albores del día, después de hechas las oraciones matinales, dirigieron al lugar donde estaba la imagen y la encontraron terminada. Fray Francisco lloró entonces de placer, porque en aquella faz divina estaban los rasgos que él había imaginado y que en vano intentó expresar con sus manos durante tanto tiempo. Sobre el Cristo se cuentan historias sublimes. Relata una honorable matrona de La Grita que siendo ella niña, hace aproximadamente setenta años, se produjo en la capilla un gran incendio; el fuego había consumido parte de la fábrica, el techo, el camarín, las imágenes de San Juan y La Dolorosa, todos los cortinajes, y alcanzó la zona donde estaba la sagrada reliquia. El pueblo entero se había trasladado a la iglesia llevando agua en latas, ollas y potes. Cuando se pudo, por fin, dominar el incendio, las llamas habían envuelto la imagen y todo hacía pensar que se había quemado. Por eso aquella expectación que rodeaba al prioste Luis Melani cuando la tomó en sus manos. El dolor popular por la pérdida del Cristo tenía la voz de doña Berenice Moreno, quien gritaba por todos, que estaban mudos de angustia: "¡Cristo, por qué te quemaste!". Pero cuando le pasó un paño con precaución se comprobó con alegría que estaba sólo cubierta por una gruesa capa de humo, que la sagrada reliquia estaba intacta, a pesar de que las llamas consumieron la cruz hasta el sitio donde llegaban las manos y la cabeza. A pesar de los numerosos retoques que ha sufrido desde el prodigio en el taller de Fray Francisco, la sagrada imagen conserva la inefable expresión de paz y de bondad que esculpió el ángel que trabajó para sacar de apuros al buen franciscano.

Asidero de la esperanza

El CRISTO DE BURGOS (abajo y derecha) del templo de Altagracia, de Caracas, tiene a sus pies las representaciones en madera de un pan, un queso, dos huevos, como signo de que alguna vez ha sido objeto de un culto especial de los viajeros o santo de devoción a quien recurrían los campesinos en los años pobres. Se cree que su nombre proviene de algún Cristo que existió en la ciudad española de Burgos, y que la réplica traída a Caracas, como ocurre a menudo, ha conservado su nombre; pero a pesar de las averiguaciones hechas no se ha podido hallar en Burgos una imagen de esa denominación o de esos atributos al pie de la cruz. Sus maderos son redondos. La

imagen está colocada frente al Cristo de la Columna. Es un santo de mucha devoción. Dos cartas encontradas a sus pies dicen de las esperanzas puestas en El por los inmigrantes. Uno dice es italiano: "Jesús: os pido la gracia de encontrar trabajo y sentirme bien de salud. Te prometo ocho lámparas. Francisco". Lleva la fecha del 30 de noviembre de 1955 y está escrita al dorso de una esquina de papel con membrete de una agencia de viajes. La otra, con fecha 16 de diciembre, una semana antes de Navidad, del mismo devoto, dice: "Jesús os pido esta grande gracia, que lo necesito, y estoy seguro que me quitará estas penas. Hazme vender la casa que tengo en Amantea (Italia), liquidar la pensión y encontrar un buen trabajo en Caracas que pueda realizar en este tiempo y regresar cerca de mis queridos lejanos. Os lo pido esta gracia, Jesús ayúdame a quitar esta pena y sufrimientos. Seré siempre fiel a Jesús y a todos los santos y al Padre Pío (tiene fama de santo en Italia). Ayúdame. Francisco. Ayúdame también a encontrar casa. Te prometo velas y rezos hasta la muerte. Ayúdame a quitar esta pena".

El SANTO CRISTO DE SAN PABLO o CRISTO DE LA AGONIA (abajo), que de las dos maneras se le nombra, de la iglesia caraqueña de Santa Teresa, ocupa lugar importante en el culto religioso del Jueves Santo. La mirada es de un hondo patetismo; y todo en la imagen hace recordar al famoso Cristo de Limpias. hay quien afirma que perteneció a la Ermita de San Pablo, derribada por Guzmán Blanco para edificar en su lugar el Teatro Municipal, y pasó a la de Santa Teresa junto con el Nazareno, a quien hace compañía desde los extremos opuestos de las naves, contra un fondo que representa la ciudad de Jerusalén.

El CRISTO DE LA VELA, Estado Falcón, (arriba, derecha), es una imagen de yeso llegada al país en tiempos de Cipriano Castro con destino a un pueblo de la serranía coriana. La revolución llamada La Libertadora, que estalló en 1901, impidió que el Crucifijo llegara a su destino. Cuando los revolucionarios entraron en La Vela, todavía resistían algunos en el edificio de la aduana, que después fué saqueado. El Cristo perdió dos dedos de la mano derecha de un machetazo dado por alguien que esperaba encontrar mejor botín, y después, expuesto a todas las violencias del desmán, resultó roto en pedazos. Dice la leyenda que el profanador quedó, en otra refriega, mocho de los mismos dedos que cortara a la imagen del Redentor. Tiempo más tarde, cuando los gobernantes doblegaron a los revolucionarios, el Cristo despedazado fué llevado a la iglesia de La Vela, donde permaneció arrinconado hasta que el Padre Camarán, presbítero de la parroquia, ordenó al campanero la quema de los trozos por considerarlos inservibles. Pero dona Ana de Lovera, que se encontraba en ese momento en el templo, solicitó el regalo de ellos, a lo que gustosamente accedió el sacerdote. Un restaurador de santos que llegó en esos días a La Vela trabajó con acierto, y la imagen fué colocada en una capillita, donde hoy es objeto del culto más ferviente. Pronto se extendió la noticia de sus muchos milagros. Las personas agradecidas por la obtención de favores ofrendaban latas de aceite fino para la lamparilla, jarrones con flores, candelabros y "promesas" de distintas formas que se colocan en una cuerda que va de uno al otro extremo del palo horizontal de la cruz. Monseñor Lucas Guillermo Castillo bautizaba y confirmaba ante él. Dice la tradición que el Cristo ha sudado tres veces, anunciando con este signo sucesos inesperados. El sudor brota del pecho y se deposita en la concavidad que forman las rosas del corazón que ciñe su cintura. Se dice que en

una de estas ocasiones salieron libres del fatídico castillo de Puerto Cabello el escritor veleño Gustavo Reyes y otros sufridos prisioneros que estaban con él.

En todo el Estado Falcón, tan rico en tradiciones que vienen de los primeros tiempos de la Conquista y se afianzan en la Colonia; en Coro mismo, acaso la ciudad venezolana de más propia fisonomía colonial, no se cuenta una leyenda con más visos de verosimilitud que la asentada.

Sepulcro

El CRISTO DE SAN FRANCISCO DE TIZNADOS, Estado Guárico, (izquierda) es una humilde talla en madera, anterior a la construcción de la iglesia (1772), de algo más de un metro, colocada en una urna de cristal, de pobre construcción. Sin embargo, su devoción está muy extendida. Este Cristo criollo ha sido objeto hace unos pocos meses de comentarios de prensa en torno a un supuesto milagro. El Cristo está actualmente en la casa cural, ahora deshabitada, en compañía de las demás imágenes evacuadas de la iglesia, por ruina ya avanzada de su fábrica. Dos vecinos de la población, Carmona, juez del municipio, y Mercedes Avila, contaron que estando un anochecer conversando en la puerta de sus casas, vieron una "luminaria" que se posaba sobre las ruinas de la vieja iglesia y que después fué a parar sobre el tejado de la casa cural. Curiosos, llegaron hasta la casa y vieron con sorpresa que el vidrio anterior de la urna estaba estallado en el lugar mismo en que lo tocaban las puntas de los pies de la imagen. El Cristo, que había cabido holgadamente y "desde siempre" en la urna pintada de azul, había crecido dos centímetros. La población de San Francisco de Tiznados, con 300 casas y 2.240 habitantes en 1870, 1.224 casas y 7.549 habitantes en 1891, apenas cuenta hoy con media docena de casas en pie y menos de cien vecinos. A fines del ochocientos, San Francisco de Tiznados era parte del Municipio Bermúdez, sección Guárico, del Estado Miranda.

Gestas, el MAL LADRON (izquierda), y Dimas, el BUEN LADRON, que acompañan al Cristo de la Capilla de Petare a ambos lados del altar mayor, son las únicas imágenes de gran tamaño existentes en el país que representan a los malhechores que participaron con Jesús en el trance del Calvario. La de Gestas es la más vigorosa: una figura retorcida de hosco y dramático rostro. Dimas, el BUEN LADRON (arriba), es de tez blanca, a diferencia del malo, que es moreno. Las cruces carecen de cabeza.

En buena y mala compañía

El SANTO SEPULCRO de San Francisco (página de la izquierda), revestido de carey y con adornos de plata, centra la devoción caraqueña en la procesión del Viernes Santo, en la que llevan también la Dolorosa. Miles y miles de fieles les acompañan en su recorrido. La talla, de indudable origen colonial, representa un Jesús de serena expresión, sin muestras de sufrimiento.

El SANTO SEPULCRO (izquierda, abajo) de la capilla de Petare, es de mucha devoción local y en las poblaciones vecinas. El Viernes Santo lo trasladan con mucha

ceremonia a la iglesia parroquial, ricamente adornada pra la ocasión, donde lo tienen hasta casi media noche. El resto del año descansa en la nave derecha de la pequeña capilla que fundó doña Rosa Ortiz de Muñoz a principios del siglo XIX, y cuya tumba (murió el 30 de enero de 1837) está en el piso de la capilla. Después la capilla fué modificada y reconstruída en 1859 por cuenta del señor Antonio Muñoz (murió el 8 de julio de 1857). Esta bonita iglesia, con lindo techo de caña, está situada en el mismo casco de Petare, en una especie de reducto colonial que el progreso urbano ha respetado.

Nuestra portada

A mediados del siglo XVII, don Juan del Corro y su esposa doña Felipa, vecinos de Caracas, pidieron a España una réplica de la Virgen de la Soledad que se veneraba en el Convento de la Victoria de la Corte de Madrid. La nave en que la transportaban hizo agua en una tormenta y la sagrada imagen fué lanzada al mar como parte del lastre. Sin embargo, la caja llegó milagrosamente a las costas de Naiguatá. Doña Felipa cortó sus largos cabellos negros y los cedió para el tocado de la Virgen. Desde entonces se venera en el templo de San Francisco.

Hay dos procesiones con la Virgen durante el año: el 15 de agosto, con la Virgen solamente, inclinándola ante el pueblo, como saludando, y la solemne procesión del Viernes Santo, que dura hasta las ocho de la noche. La imagen no ha sido coronada aún, como lo ha sido la de La Pastora, recientemente, en Barquisimeto, Monseñor Castillo tenía la idea y la potestad de hacerlo, pero se lo impidió su muerte.